JUSTICIA, NO ES CARIDAD.

DRAMA EN TRES ACTOS, Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

DON ANGEL GALLIFA Y LARRÁZ.



ZARAGOZA.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE ROQUE GALLIFA.
1861.

JUSTICIA, NO ES CARIDAD.

JUSTICIA, NO ES CARIDAD.

DRAMA EN TRES ACTOS, Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

DON ANGEL GALLIFA Y LÁRRÁZ.

Representado con aplauso
en el teatro principal de Zaragoza, en la noche
del 27 de Mayo de 1861.



ZARAGOZA.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE ROQUÉ GALLIFA.
1861.

Al Señor D. Tomás Matias Causí,

EN PRENDA DE CARIÑO ENTRAÑABLE

Su apasionado sobrino

El Autor.

Personages.	Actores.
ADELA.	D.ª Amalia Gutierrez.
JULIA	D.ª Matilde Granados.
DON SEVERO, hermano de D. Justo, médico	D. Joaquin G. Parreño.
ALBERTO, hermano de Adela	D. Leandro Torromé.
ANDRÉS, amigo de Alberto.	D. Claudio Compte.
DON JUSTO, padre de Julia, banquero	D. Ramon Medel.
LUIS, criado de D. Justo...	D. Antonio de Elias.

La escena en Valladolid en el año de 1860.

La accion dura desde las diez de la mañana, hasta las seis de la tarde.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada. A la izquierda del espectador una mesa velador con algun periódico, y un bastidorcito de bordar que en la escena segunda tomará Adela. Puerta de entrada en el foro, y otra á la izquierda que suponga dirigir á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, ALBERTO, DON SEVERO.

D. SEV. Créame V. Adelita;
mi palabra es harto franca;
en V. está el remedio
que su dolencia reclama.
Por mas que hagamos nosotros,
la ciencia médica es vana,
para curar, por sí sola,
enfermedades del alma.
Ya hace tiempo que lo digo
á Alberto; Adela está mala,
merced á una idea fija
que su corazon traspasa.
Todo el mal está en su mente,

y no avanzaremos nada,
mientras que su recto juicio
no le destruya esa causa.

ALB. Siempre, siempre la repito,
D. Severo, esas palabras.

ADELA. Pero yo, ¿qué és lo que puedo?...

D. SEV. Todo lo que aquí hace falta.
Lo primero desechar
de la mente preocupada,
esa pertinaz idea
que á V., Adela, la mata.
Dar al ánimo espansion,
mostrándole en lontananza,
el porvenir tan risueño
que á tanta virtud le aguarda.
De este modo, y no cejando
en la lucha comenzada,
volverá su fuerza al cuerpo
con la alegria del alma.
Adelita, V. lo sabe;
como médico se manda;
pero yo, como un amigo
que aprecia á V., y que le habla
con todo su corazon,
suplico á V. la observancia
de este método sencillo,
que á mí me honra, y á V. salva.

ADELA. ¡Cuánto le agradezco á V.
su estimable interés!...

D. SEV. Nada;
todo el agradecimiento,
quiero verlo yo en la práctica
de lo que propongo...

ADELA. Nunca
fué mi voluntad contraria
á esos consejos, que siempre
tan sincéro aprecio hermanan.
Mas no es tan fácil empresa,
que la debil eficacia
de mi buen deseo, alcance
á ahogar los ayes que exhala
el corazon afligido,
á vista de las desgracias
de familia, tan frecuentes

y graves en esta casa.

D. SEV. Pero diga V., Adela,
acaso con ser lloradas
tan inconsolablemente,
¿hace V. mas que aumentarlas?
V. pierde su salud
apreciable y apreciada,
y abate V. á su hermano
que es su apoyo y su esperanza.
Vamos, no veo motivo
para que tanto decaiga
ese espíritu; los males
que un tiempo trae, otro aparta.
Créame V., Adelita,
confianza, confianza.

ADELA. Es muy fatal nuestra suerte!

D. SEV. Puede ser feliz mañana.

ADELA. Creo que no!...

D. SEV. Yo aseguro
que eso ha de ser, si V. trata
de ensanchar su corazon
matando sus tristes ansias.
Lo demas lo traerá el tiempo,
el tiempo que entre sus alas
envuelve muchas venturas,
que los méritos reclaman
de V. y su hermano Alberto.

ADELA. Gracias...

ALB. D. Severo, gracias;
pero esa bella pintura...

D. SEV. ¿Téme V. como su hermana?

ALB. Tanto no; pero no abrigo
tampoco esas esperanzas...
ni pretendo...

D. SEV. V. prosiga
su camino; y ya le basta.
¿Duda V. que al fin y al cabo
la virtud su premio alcanza?

ALB. Mas no siempre en este mundo.

D. SEV. No es el mundo de las almas,
es verdad; pero aun en este
muy pocas veces le falta.
La virtud se satisface
casi con su sola gracia,

y al pecho que en sí la anida
las penas no le quebrantan.
Por eso con poco logra
satisfaccion y tan lata,
que el mayor placer es ella,
entre los goces del alma.
Y ustedes en cuyos pechos
su dulce nectar derrama,
¿han de afligirse á la vista
de negras nubes que pasan?
Pregùntese al corazon
que en esa virtud descansa,
si los sueños de la mente
pueden robarle la calma.

ADELA. Los mios de él se apoderan.

D. SEV. Porque cobarde desmaya.
Alberto, si aflige á ustedes
alguna nueva desgracia,
dígalo V. francamente,
hable V. con confianza.
Tengo del primer amigo
el título en esta casa,
y antes que yo, nadie puede
enjugar aquí las lágrimas.

ALB. V. és aquí el primero,
como en el fondo del alma;
mas por hoy, gracias á Dios,
nuevos males no nos dañan.
Adela triste se empeña
en que el porvenir la espanta,
al ver el adusto ceño
con que la suerte nos trata.

D. SEV. Pues es preciso que cesen
todas sus quimeras vanas,
y temores que la afligen.
¿Nos dará V. su palabra?

ADELA. Ese es todo mi deseo.

D. SEV. Pues no nos faltará nada.
Mucha distraccion, Adela,
y alegria y esperanza.
¿Querrá V. que venga Julia?

ADELA. ¡Cuànto há que anhelo con ansia
el darla un millon de abrazos!..

D. SEV. Bien.

ADELA. Es verdad que se casa?
D. SEV. Yo sospecho que su padre
en negocio tan grave anda.
ALB. (¡Dios mio!)
D. SEV. Pero él no ignora,
que si á mí me desagrada
en tan delicado asunto,
con ello á su hermano mata.
La quiero mas que á mi vida.
ADELA. Bien lo merece...
D. SEV. Es alhaja
que brilla algo mas que el oro
por que su padre se afana.
Con que Adelita, ¿de nuevo
reitera V. su palabra?
ADELA. Ofrezco hacer cuanto pueda...
D. SEV. Entonces pues, ya nos basta.
Estoy á los piés de V.
ADELA. Por todo un millon de gracias.
D. SEV. (*dándole la mano*)
Alberto, adios...
ALB. D. Severo,
aquí siempre hace V. falta.

ESCENA II.

ALBERTO, ADELA.

ALB. Nada tengo que decirte
Adela, ya lo has oido.
ADELA. Si; pero tú que no ignoras
las causas...
ALB. No las admito
con esa exageracion
que tú...
ADELA. Alberto, lo mismo...
¡Mas como ha de ser! Si al menos
por algun nuevo camino,
nos asomára la suerte
con semblante mas benigno!
Pero doquier que la vista
en nuestro afan dirigimos,

abaten nuestra esperanza
pruebas de infausto destino.

ALB. Bien, pero no hay que afligirse
por ver así repetidos
nuestros duros contratiempos;
¿vés como ya no me aflijo?
Dias vendrán mas felices...

ADELA. Siempre me dices lo mismo;
pero entretanto se advierte
la tristeza, de continuo,
desmentir en tu semblante
vanos esfuerzos fingidos.
Por más que ocultarme quieras
tus penas, las adivino,
que te amargan doblemente
tus pesares, por ser mios.

ALB. ¿Y adivinando mis penas
las dejas sin el alivio
que no ha mucho tú esperanza
daba á mi ánimo abatido?
Mi fé perdida alentabas
con ese secreto instinto
del corazon, que decias
te animaba en los peligros.
Cuando via de la suerte
yó, con ánimo intranquilo,
un horizonte tan negro,
tú lo mirabas distinto.
¿Porqué, pues, Adela mia,
ven, sin especial motivo,
tus ojos, la oscuridad
que no habian antes visto?

ADELA. No lo sé; perdí las fuerzas,
y al corazon faltó el brio
con que firme soportaba
las desgracias, al principio.

ALB. Cuantas veces me decias;
Dios...

ADELA. No, no; no desconfio
de su favor; pero, Alberto,
que no le ofendán mis juicios,
si mi dolor hoy me anuncia
que nosotros no hemos sido
llamados á andar el mundo

por suave y ancho camino.
¡Somos tan desventurados!

Alb. No tanto Adela! Infinitos
habrá tal vez mucho más....
¡Son tantos los afligidos!
Verdad es que hasta el presente
en nosotros han llovido,
unas tras otras, muy graves
desgracias; pero es preciso
esperar en que no siempre
ha de suceder lo mismo.

Adela. Podrá ser; mas por ventura
es algun otro motivo
que nuestra comun desgracia,
que asi te den al olvido,
para utilizár tus méritos,
precisamente los mismos
que de tus virtudes todas
hacen elogios cumplidos?
Apenas tu suelta pluma
corre en forenses escritos,
y entre tanto otros, si buenos,
no mejores ni mas dignos,
ven en su estudio el mas pingüe
patrimonio de sus hijos.

Alb. Qué importa? Apesar de todo
espero ya mas tranquilo.
Si otros con mayores dotes
y mas suerte, han conseguido
colocarse en una altura
que yo ambiciono y no envidio;
si pueden gozar dichosos
el fruto de sus prolijos
desvelos, y á Dios le deben
lo que yo con fé le pido,
con menos abatimiento,
pobre, pero honrado y digno,
aguardo á cuantos me busquen
en mi modesto retiro.

Adela. Pues por tan noble conducta
son mas justos mis suspiros.

Alb. Espera, pues, y confia.

Adela. Espero, aunque no confio.

ESCENA III.

Dichos, ANDRÉS.

AND. Muy buenos dias queridos.
¿Cómo sigue V. Adela?
ADELA. Hoy mejor. ¿Y V. Andrés?
AND. Contento con esa nueva.
ADELA. Mil gracias.
AND. Adios, Alberto.
ALB. Adios, Andrés. ¿No te sientas?
AND. Aunque no estoy muy despacio
me sentaré.
ALB. ¿Que te apremia?
AND. Un encargo del que pienso
darias tú mejor cuenta.
ALB. ¿Cual?
AND. Visitar á una niña
que no te parece fea.
ALB. A mí?
AND. A tí.
ALB. No comprendo...
Quien?...
AND. A que lo acierta Adela?
ADELA. No habrá que discurrir mucho
aunque no de V. mas señas.
ALB. Pues yo...
AND. Vamos, si conozco
que al pensar que voy á verla
me envidias, y hasta los celos
se te asoman á la puerta.
ADELA. ¿Tanto Andres?
AND. Y V. lo duda?
Se le conoce á la legua.
ALB. Andrés, ten formalidad,
y, tú, no hagas caso, Adela.
AND. Es verdad. Mas no comprendo
(*Alberto toma un periódico*)
el secreto... ¿te molesta?
Vamos, perdona mi broma,
y sigue con tu reserva.
Adelita, á D. Severo .

he encontrado á la puerta,
y hablando de V., me ha dicho
cuanto aconsejado deja
al buen talento de V.,
que podrá mas que su ciencia.
Si algo vale mi deseo,
permita V. que me adhiera
á su opinion, y á V. ruegue
que á esos consejos atienda.

ADELA. Gracias, Andres. Por mi parte
la voluntad no flaquea.
¡Ojala que puedan tanto
como el ánimo, mis fuerzas!

AND. Asi lo esperamos todos,
y asi ha de ser.

ADELA. Dios lo quiera.

AND. Solo le faltaba á Alberto
ese abatimiento, Adela.
Tan preocupado siempre
con infundadas quimeras
acerca del porvenir
que en esta vida le espera;
tampoco en cosas de mundo,
con ser tan mucho en las letras,
siendo así que en vano es sabio
quien ignora aquella ciencia;
V. Adela debia
ser de su norte la estrella,
dando aliento á su esperanza
antes que toda fallezca.

ADELA. Aliento yo!.. vano empeño!..
¿Quién dará lo que no tenga?

AND. Adela, ¡V. nó le tiene!
Ruego á V. que no lo crea.
Ese corazon de ustedes
es grande en las grandes pruebas,
y nunca ve como el nuestro
su bella esperanza muerta.

ADELA. Es verdad que su luz arde;
pero, mas que alumbra, quema,
y á veces torna en cenizas,
Andrés, la esperanza bella.

AND. V. verá que no es cierto
ese temor...

ADELA. Dios lo quiera.
AND. Pero tú, Alberto, ¿qué dices?
En cuerpo y alma te entregas
á la política, y, chico,
me dás lástima de veras.
ALB. ¿Porqué?
AND. Porque es una farsa
todo...
ALB. Para quien lo sea.
Y poco de sus deberes
alcanza quien asi piensa.
El hombre no trajo al mundo
la condicion de las bestias.
AND. Lo sé; mas yo me refiero
tan solo, á la indiferencia
que hoy merece la política,
merced á la desvergüenza
con que las patrioterias
en defecciones se truecan.
Y el que como honrado cumple,
allá en su rincon se queda,
y los desengaños lo hacen
indiferente por fuerza.
ALB. Nunca, indiferente nunca.
Ese es el gran mal que aqueja
á esta sociedad doliente:
la culpable indiferencia.
Sin ella, ni el egoismo
que del alma se apodera
de ciertos hombres, que buenos
son, no obstante, á toda prueba,
ni los malos fueran tantos,
ni los males de tal cuenta.
AND. Tendrás razon, y te envidio,
si quieres, tu fé tan ciega...
Y V., Adela, ¿qué dice
de esta amistosa contienda?
ADELA. Que ni apruebo ese entusiasmo,
ni admito esa indiferencia.
AND. Yo apruebo de un justo medio
esa opinion tan discreta.
Alberto, nada te he dicho
de una reciente ocurrencia.
ALB. ¿Qué es ello?

AND. La policia
ha descubierto una imprenta
en la que se frabricaba
falso papel de la deuda.
A Franco el Juez se ha avisado,
y en este instante se encuentra
instruyendo de la causa
las primeras diligencias.

ALB. Y habrá circulado mucho
papel?

AND. Eso se sospecha.

ALB. ¿Quienes serán?..

AND. Desde luego
haria cualquiera apuesta,
á acertar yo con el gefe
de esa fradulenta empresa.

ALB. ¿De veras?

AND. Sin duda alguna;
pero por mi viva y beba.
¿Conoces á Luis Fernandez?

ALB. Aquel cabeza ligera,
valenciano?...

AND. Si; hace dias
que me anda por la cabeza,
que alguno se ha de acordar
de sus relevantes prendas.
No se le conocen bienes,
ni clase alguna de renta,
y vive como un marqués,
y como tal le respetan.
Yo que hace años que le trato
y me trata con franqueza,
sé muy bien que no les falta
fundamento á mis sospechas.
Y es lo peor que lo veo,
un tiempo hace, andar á vueltas
con el banquero D. Justo,
y entre otros negocios, cuentan
que le pretende el tesoro
mayor que en su casa encierra.
¿Me entiendes?
(*levantándose.*) Pero charlando,
el tiempo corre que vuela.
Vamos, con formalidad,

te quieres venir á verla?...
Te presento.

ALB. No bromees...

AND. Es una niña de perlas.
Adelita, me complazco
en que siga V. tan buena.

ADELA. Gracias.

AND. A los pies de V.

ADELA. Adios.

AND. Chico...

ALB. Hasta que quieras.

ESCENA IV.

ALBERTO, ADELA.

ALB. Sigue Andrés impertinente
con su broma.

ADELA. Y él indica,
que la tal perla tan rica
te es muy poco indiferente.
Me alegro.

ALB. Cosas de Andrés.

ADELA. Y qué tiene eso de estraño?
Vamos, ya hace mas de un año,
la miras con interés.

ALB. Tú tambien, Adela?

ADELA. Si;
nada te he dicho hasta ahora;
pero que tu pecho adora
y á quién tambien lo advertí.
Y tu secreto no arguyo
de ingrato, pues sé de cierto,
que esa tu pasion, Alberto,
la sientes apesar tuyo.
Y sé tambien con verdad,
y aumenta mas mi dolor,
que es otra prueba, ese amor,
de tu gran fatalidad.

ALB. Adela, hasta este momento,
no ha salido de mi boca
la confesion que provoca

tu fino discernimiento.
Sí; siento aquí esa pasion,
y hasta este instante creía
que nadie mas lo sabia
que mi pobre corazon.
Tienes razon; es verdad;
nuevo dolor sobrellevas,
que esta es otra de las pruebas
de nuestra fatalidad.

ADELA. Pero ella sabe, ó ignora,
ese amor que en tí no cabe?

ALB. Solo por mis ojos sabe
que mi corazon la adora.

ADELA. Y te paga con desden?

ALB. Al mirarla, ó yo estoy ciego,
ó asoma á su rostro el fuego
que arde en su pecho tambien.

ADELA. Alberto, ¡cómo presiento
todo el mal de esa pasion!
Has puesto á tu corazon
en el mas duro tormento!
Yo lo comprendo y me asusto.
Hablar no osará tu lengua
por no recibir con mengua,
el desprecio de D. Justo.
Y ese obstáculo tan fuerte,
difícil de remover,
Alberto, bien puede ser
que cause aquí alguna muerte.

ALB. No llega á tanto, querida,
mi temor, aun fuerza alcanza
mi razon, y la esperanna,
¿quién la pierde sin la vida?
Todo está en que la fortuna
vuelva su rostro una vez.

ADELA. No tengo la candidez
de esperar vuelta ninguna.
Cada paso en el camino
de nuestra vida, nos lleva,
te dige, á una nueva prueba
de nuestro fatal destino.
Hoy ese amor nos la ofrece;
cuando al parecer debia
hacer tu dicha y la mia,

nuestra desventura acrece.
Y para que mas te cuadre
la desdícha, aunque ella te ame,
sé que irá donde la llame
la voluntad de su padre.

ALB. Qué hacer, pues?...

ADELA. A tu razon
aconsejártelo toca.
Si debe callar tu boca,
que enmudezca el corazon.

ALB. Lo intento, Adela, lo intento,
y el corazon ya despojos
fuera, si al verla, sus ojos
no le dieran tanto aliento.

ADELA. Pues degemos que la suerte
se nos cumpla resignados.
Los que nacen desgraciados,
lo han de ser hasta la muerte!

ALB. Y tu labio no revela
algun secreto?...

ADELA. No creo...

ALB. Vamos, que tambien yo leo
algo en tus ojos, Adela.

ADELA. Alberto!...

ALB. A qué ese rubor?
Que Andrès te ama, el menos ducho...
Y tú...

ADELA. Yo... no...

ALB. Vale mucho,
y rico...

ADELA. Eso es lo peor;
yo soy pobre.

ALB. Ciertamente;
pero Andrés no irá á buscar...

ADELA. Tambien yo debo callar
lo que el pecho mio siente!
No sales, Alberto?

ALB. Sí;
me olvidaba... (*levantándose.*)

ADELA. Quieres algo?...

ALB. Nada; en el momento salgo.

ADELA. Entonces espero aquí.

ESCENA V.

ADELA.

Sí; nuestras mudas pasiones
debemos ahogar los dos!
Los pobres, amando à Dios
ensanchan sus corazones!
Pobre Alberto! no merece
la aspereza desmedida,
con que, en esta amarga vida,
la suerte à su paso ofrece.
Es tan grande su virtud,
y tan rica su bondad,
como, de la sociedad,
mas que vil la ingratitud.
Inútiles son en él
tantos desvelos sin fruto.
¡Bien paga el pobre el tributo
á la desgracia cruél!

ALB. (*saliendo.*)
Pronto estaré despachado.

ADELA. Hoy estoy muy bien.....

ALB. No importa;
mi ausencia será muy corta,
que estoy mejor à tu lado.

ADELA. Entonces vuelve al momento...

ALB. Han llamado?

ADELA. Me parece
que sí....

ALB. A ver lo que se ofrece;
dejo el sombrero y me siento.

ESCENA VI.

Dichos, DON JUSTO.

D. JUS. Dan ustedes su permiso?...

ALB. (*levantandose*)
Adelante, caballero.

D. Jus. Señora á los pies de V.
(*á Alberto.*)
Beso á V. la mano....

Alb. Beso
á V. la suya, D. Justo.

D. Jus. Ustedes siguen tan buenos...

Adela. Muy bien, gracias.

D. Jus. Mi venida,
la motiva hoy, D. Alberto,
un asunto muy urgente
que comunicarle.

Alb. Iremos
si V. gusta á mi despacho.

D. Jus. No, me es igual... por mí...

Adela. Creo
que sin molestarse, aquí
pueden ustedes... yo tengo
que dar vuelta por mis cosas...

D. Jus. Señorita, no consiento
que V. se moleste....

Adela. Nada;
no es molestia, nada de eso.
Afectos á Julia.

D. Jus. Gracias;
los apreciará en estremo.

ESCENA VII.

DON JUSTO, ALBERTO.

D. Jus. El asunto que hoy me trae
á su casa, D. Alberto,
no he querido confiarlo
á nadie, por el aprecio
y atencion que me merecen
ustedes, ha largo tiempo.
No sé si el particular
para V. será un secreto;
lo cual suceder pudiera
merced al fatal suceso
de la muerte repentina
del estimable D. Pedro.

Con familia y sin destino,
se via escaso de medios
para llenar de su casa
los gastos, que iban creciendo.
Asi es que al morir tenia
á mi órden un documento,
renovado casualmente
dias antes de su acceso,
de cuyo vale es mañana
el dia del vencimiento.

ALB. Un vale!... conque mañana...
Nada sabia... me encuentro...

D. JUS. Si, ya yo me presumia
que para V. fuera nuevo...

ALB. Pero es posible! Mi Padre
deber, y sin yo saberlo!..

D. JUS. Sin duda por evitarles
á ustedes mas sufrimientos.

ALB. Dios mio!.. y qué cantidad
figura en el documento?

D. JUS. Mil duros.

ALB. Que ha dicho V!...
Que ha dicho V!... Dios eterno!..
Mil duros! No; no es posible!..

D. JUS. ¿Qué es lo que está V. diciendo?..
D. Alberto, reflexione...

ALB. Perdone V. caballero;
yo no trato de ofenderle;
pero me parece un sueño
lo que á V. de oir acabo;
y me asombro, y me estremezco.
Veinte mil reales! Y cómo
tomó papá ese dinero,
que yo no he sabido nada
hasta este mismo momento?..

D. JUS. En diversas ocasiones
tomó en mi casa D. Pedro
cantidades, y en la última
subió el crédito á mil pesos.
Temí que V. ignorase
algo, pero estraño y siento,
que V. reciba este caso
como improbable y estremo;
cuando V. saber debia

los gastos y acaso escesos
de su buen padre.

ALB. D. Justo,
eso si que no consiento;
respete V. la memoria
de mi honrado padre muerto.

D. JUS. No se altere V., amigo,
como siempre la respeto.

ALB. Su conducta ha sido siempre
de probo, como el primero,
y escesos no los vi nunca
sino es en su amor paterno.

D. JUS. Bien está. Si yo he creido
otra cosa, me arrepiento.
Pero ya conoce V.
que aqui no se trata de eso.
Sírvase V. entregarme,
D. Alberto, los mil pesos
por mañana, y tan amigos
V. y yo quedaremos.

ALB. Por mañana!... es imposible!

D. JUS. Mañana es el vencimiento.

ALB. No hay en mi poder, D. Justo,
ni media onza!

D. JUS. Yo lo creo.
Pero conservan ustedes,
como ùnicos herederos
de su padre, cierta finca
rústica, con cuyo precio
tal vez se cubra la suma
que ustedes me están debiendo.

ALB. Oh! por favor! esa finca
constituye el muy pequeño
patrimonio de mi hermana,
y yo con el mismo afecto
que á mi vida, se lo guardo
para entregarselo entero.
Enferma y sin otro apoyo
que el debil que yo le presto,
era al fin una esperanza
para no morirse al menos
de miseria, si siguieran
contrariandonos los tiempos.

D. JUS. Amigo, yo, aunque conozca

esa desgracia, no puedo
remediarla. Me limito
à pedir con mi derecho
lo que se me debe, y nadie
podrá decir que me escedo.
Siempre es justicia mi norma,
y que hoy la falte, no creo.

ALB. No tacho à V. de injusticia,
no, D. Justo; pero espero
algo de su caridad,
de los buenos sentimientos
de su corazon. Sin duda,
al presente, ese dinero
no será à V. necesario
con tan estremado apremio,
que no pueda renovarse
á mi cargo el documento.

D. JUS. Hay frecuentes ocasiones
en las casas de comercio
no fuertes, en que es preciso
realizar todos los créditos.
Hoy en uno de esos casos
forzosamente me encuentro,
y á mi vez, si V. no cumple,
seré apremiado, esponiendo
el buen nombre de mi casa,
que fuera lance mas serio.

ALB. Oh! conque será imposible
la renovacion!

D. JUS. No puedo.
Vea V. si hay quien le deja,
que es facil, esos mil pesos,
presentando buena firma,
ó hipotecando...

ALB. Agradezco
à V., y no necesito
esos fáciles consejos.

D. JUS. Pues entonces nada queda
que decir. Hoy mismo espero
que diga V. en mi casa,
si paga, ó se hará el protesto.

ALB. Bien, D. Justo. Vaya V.
y llévele satisfecho
la honda amargura que deja

de esta familia en el seno.

D. Jus. No será mia la culpa.
La razon...

Alb. No se la niego;
pero al ver nuestra desgracia,
si hubiera mas sentimiento
en su corazon...

D. Jus. Lo tuve
para prestar el dinero.

Abl. Por el interés, D. Justo.

D. Jus. Es el alma del comercio.
Mientras se obre con justicia....

Alb. La caridad es lo menos.

D. Jus. Como quiera, concluyamos,
que aquí estoy perdiendo el tiempo.
¿Dá V. palabra segura
de buscar por ahí un medio
de satisfacer mañana
el vale?...

Alb. En este momento,
¿qué palabra puedo darle,
viendome como me veo?

D. Jus. Pues, amigo, en ese caso
yo sabré lo que hacer debo..
Beso á V. la mano.

Alb. Gracias!....
Beso á V. la suya....
(Sientase en el mayor abatimiento y entre sollozos dice)
¡El cielo
nos ampare bondadoso
en este trance tremendo!!
¡Dios mio! Dios mio!... Adela!..
¡Con este golpe, no puedo!..,
(Permanece en esta desesperada actitud, hasta que saliendo Adela y observando su estado, se obra al punto en él la fingida transicion que indican los versos)

ESCENA VIII.

ALBERTO, ADELA.

ADELA. Alberto!... Alberto!.. Dios santo!
qué tienes?.. qué ha habido aquí?..
ALB. Nada!.. nada... estaba... así...
ADELA. Mas lloras?...
ALB. No és esto llanto..
En un caso estoy pensando,
que me ha sido descubierto...
ADELA. ¿Y estas lágrimas, Alberto,
por tus megillas rodando?
ALB. No mas, Adela, no mas!...
Tu preguntar indiscreto
me asesina! Es un secreto,
que con el tiempo sabrás!
ADELA. Es de Julia, por ventura..?
Te atreviste á hablarle de ella?
ALB. ¡Cuán fatál es nuestra estrella!
¡Cuán negra es nuestra amargura!
ADELA. De esta visita me asusto
no sé porqué!.. no lo inquiero;
pero, de qué mal agüero
me ha parecido D. Justo!
Mas aun mi fé te consuela,
y mi esperanza te asiste!...
Por Dios! por Dios! no estés triste,
si quieres que viva Adela!
Alberto, ¡estraña mudanza!
¿dónde está tu fé tan ciega?
ALB. Veo que á veces se llega
hasta perder la esperanza!
ADELA. Pues mayor resignacion
tampoco en el mundo cabe!...
¿Qué haremos, si, en mal tan grave,
te falta á tí corazon?
ALB. Nó; Adela. Hiera la suerte!..
sufriremos resignados.
ADELA. Alberto, los desgraciados
ló han de ser hasta la muerte!
ALB. Tu dicha es mi ardiente anhelo!..

ADELA. Pues toda entera la encierra
nuestra virtud, en la tierra;
nuestra esperanza, en el cielo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de descanso que sirve de entrada y paso á las habitaciones interiores, amueblada como corresponde al objeto que representa, y á la posicion de D. Justo. Puerta de entrada en el foro, y dos laterales; la de la derecha que supone conducir á la sala de recibimiento, y la de la izquierda á la habitacion de Julia. Aparecen en la puerta del foro Alberto y Luis.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, ALBERTO; *luego* ANDRES *por la puerta de la derecha.*

LUIS. No está en casa, caballero;
pero si V. gusta, puede
esperarle en esta sala.

ALB. Tardará?

LUIS Tardar no debe,
segun acostumbra...

ALB. Entonces
esperaré.

LUIS. Si V. quiere,
puede V. tomar asiento.

ALB. Bien... V. no se moleste...
LUIS. Si; vuelvo con su permiso...
ALB. Desde luego... V. le tiene.
AND. (*Saliendo por la puerta de la derecha, va á dirigirse á la de salida y repara en Alberto.*)
Alberto!.. Tú por aquí!
ALB. Adios, Andrés... ¿Y que tiene
eso de particular?..
AND. Nada. ¡Mas chasco como este!
Por lo visto, no es preciso
que ninguno te presente.
Está Julia encantadora,
como siempre, y mas que siempre.
Y al darla broma de amores,
vi que no es indiferente
á cierto tímido jóven,
que si en silencio la quiere,
ella tambien en silencio
le adora, á lo que parece.
ALB. Pero, Andrés, siempre con chanzas...
AND. Alberto, ¡qué cosas tienes!
Si es porque lo diga serio,
lo repetiré; te quiere.
El fuego de tus miradas
encendió su pecho ardiente;
y si, como infiero ahora,
el tiempo en mirar no pierdes
con temores y respetos,
que sobran mas que convienen,
te auguro felicidades
sin cuento, Alberto; ¿me entiendes?
Alguna dificultad
pudiera al pronto ofrecerse
por papa-suegro D. Justo;
pero adelante, no cejes,
que el amor que tiene á Julia,
su firme voluntad vence.
ALB. Por Dios, Andrés; te aseguro
que, aunque verdaderamente
adoro á Julia, el objeto
de mi venida, no es ese.
Si siempre triste he pensado,
al ver mi pasion vehemente,
estinguirla aquí en silencio,

aunque pedazos hiciese
mi corazon, mas que nunca
me obliga hoy á ello la suerte.

AND. Pues entonces no comprendo..

ALB. Ya lo sé que no comprendes;
mi venida la ocasiona
motivo bien diferente.
Un asunto de Papá,
nada agradable, me tiene
esperando aqui á D. Justo,
y debo sin falta verle.

AND. Ahora, pues, siento en el alma
ese chasco doblemente.
Yo, que te quiero de veras,
tube un gran placer al verte
aquí, cuando concluia,
con mi caracter alegre
y franco, de hacer á Julia
confesar su amor ardiente.
Y al atreverme á pintarla
la pasion con que la quieres,
advertí que satisfecha
la conoce y la agradece.

ALB. Para mí no es esa dicha,
si es que no quiere la suerte
que sea mayor desgracia
hoy su amor, que sus desdenes,

AND. Chico, no sé que decirte;
obra como te aconseje
tu prudencia; pero temo
que si mucho te detienes
en este sitio... Está sala
dá paso á su gabinete..
Ahí la dejé entretenída
con su album, y me parece...

ALB. Cuánto sentiria!... Y tengo
que esperar precisamente!

AND. ¿Quiéres algo?...

ALB. Sí; quisiera,
verte esta tarde, si puedes.

AND. Sin falta iré por tu casa.
Ya sabes bien que en mí tienes
mas que un amigo...

ALB. Un hermano;

satisfecho estoy.

AND. Corriente;
hasta despues.

ALB. Hasta luego.

AND. Valor, fuere lo que fuere.

ESCENA II.

ALBERTO, *despues* JULIA, *y luego* LUIS.

ALB. ¡Con qué impaciencia y temor
me encuentro en este momento!..
Si tarda mucho!.. Me siento,
y esperemos lo peor!
Yo cumplo con mi venida;
pero será inutilmente
mi rogar! Si no consiente,
perderá Adela la vida.
La infeliz nada recela
de este secreto fatal!
¡Cómo sufrir tanto mal
en su estado!.. pobre Adela!

JUAIA. (*dentro*)
Luis... Luis...

ALB. (*levantándose.*) Qué oigo! no era vano
mi temor!...

JULIA. (*saliendo*) Luis... quién?.. (Alberto!)

ALB. A los pies de V. (Oh muerto
estoy!)

JULIA. Beso á V. la mano...

LUIS. (*saliendo*)
Señorita?

JULIA. Luis, papá
está en su depacho?

LUIS Fuera
salió. Ya ha rato que espera
este caballero.

JULIA. Ah!..
¿Aguarda V.?

ALB. Si señora;
espero á papá

JULIA. Tardar

no debe, pero esperar
es muy molesto...

ALB. No ahora.

JULIA. Nada mas, Luis. (*se retira.*) Un instante,
se le hace un año al que espera.

ALB. Y un siglo á veces, no fuera
para el que aguarda, bastante.

JULIA. (¡A que vendrá!) Y Adelita,
¿cómo está?

ALB. Mejor se siente.

JULIA. Por tio frecuentemente
sé yo de ella..

ALB. La visita,
como médico y....

JULIA. Los quiere
á ustedes tanto!..

ALB. Es muy bueno...
grabado llevo en mi seno
todo el bien que nos infiere.

JULIA. Nadie escucha de su boca
mas que elogios de los dos.

ALB. Julia, bien lo sabe Dios
que mi gratitud no es poca.

JULIA. Yo antes á Adela queria;
mas tanto encomio al oir,
creo que llegó á sentir
mas que afecto el alma mia.

ALB. (¡Dios mio!) Julia, agradezco
lo que no puedo yo ahora..
(Ah! ¡que si está encantadora!)

JULIA. Es la verdad; no merezco...

ALB. Mi agradecimiento.

JULIA. Nada.
Lo que me causa pesar
es, no poder estrechar
esa amistad tan preciada.

ALB. Fuera grande nuestro honor...

JULIA. Honor, Alberto?.. (¡qué frio!)

ALB. Y dicha... Julia... (¡Dios mio!)
Quién apaga tanto amor!

JULIA. (A qué vendrá!) (¡qué cortado!)
Si mi amistad honra á V.,
alcanzo yo gran merced
de haber la virtud honrado,

ALB. No puedo mas. Fuera inmensa
la ventura en este suelo,
lográr la virtud del cielo,
y de V. la recompensa.
Pero V., Julia, lo sabe,
y comprende mi amargura;
¿no es verdad que esa ventura
á mi corazon no cabe?
Responda V. por favor,
ya que la ocasion ha hecho
que desde el fondo del pecho
suba á los labios mi amor.
Alcanzar podrá mi suerte
recompensa tan cumplida?
El sí de V. es mi vida;
el nó pronuncia mi muerte.
Calla V., Julia!... Despojos
será el corazon, que estalla,
si vé que la lengua calla
lo que han mentido los ojos.

JULIA. Alberto!.. Yo no creia!...
yo imprudente, no pensaba!...

ALB. Tampoco yo me esperaba
que esta ocasion llegaria.
Tal vez mi suerte fatal
la presenta en mi camino;
mas, si es tan cruel mi sino,
quiero apurar todo el mal.
V. á mi rostro el fuego
vió asomar del corazon,
y comprendió la pasion
que de amor me dejó ciego.
Y V., sin pensarlo acaso,
con su mirada hechicera,
atizó V. esta hoguera
en que el corazon abraso.
Pues bien, lo quiso la suerte,
firme arrostro sus agravios;
venga, Julia, de esos labios
pronto, la vida ó la muerte!

JULIA. Por Dios, Alberto! Un momento
de reflexion!.. es preciso...
(¡Dios mio! ¡qué compromiso!)

ALB. Calla V!

JULIA. (Oh! qué tormento!)
ALB. Bien, Julia, bien. Mi sentencia
harto claramente advierto!..
JULIA. Yo no he dicho nada, Alberto;
No interprete V!..
ALB. Paciencia!
Mi corazon fué harto necio
en abrigar esperanza;
ya su recompensa alcanza
en ese mudo desprecio.
JULIA. No tiene V. compasion
en el lance en que me mira!..
esta boca no respira
à costa del corazon!
Ni es bien que la vez primera
que hablamos tan casualmente,
todo lo que el alma siente,
facil la lengua profiera.
Pero no comprendo, Alberto,
ese importuno dudar!...
¿Por qué la lengua ha de hablar,
si el corazon está abierto?
Si V. vió què à mi prudencia
hizo traicion mi mirada,
en ella iba pronunciada
mi favorable sentencia!
ALB. Gracias!.. Dios mio!.. à mi mente
tanto gozo vuelve loca!...
JULIA. Alberto, juicio!.. ahora toca
ser mas cauto y mas prudente.
Vuelva V. de sí á ser dueño!..
Papà no debe tardar...
ALB. Por qué habré de despertar
de tan delicioso sueño!
JULIA. Calma!.. que papá no lea
lo que en nuestros pechos pasa!
ALB. Mi presencia en esta casa,
sentiré que infausta sea.
JULIA. Eso no, pero yo creo
no será bien, si hoy conoce...
ALB. Aunque el corazon destroce,
yó cúmpliré ese deseo.
¿Y él de V., Julia, prefiere
los males de esta pasion?

JULIA. Siempre oí que el corazon
nada teme, si bien quiere.
ALB. Solamente teme el mio
no hallar la dicha que ansia.
JULIA. Si la esperanza le guia.....
ALB. Y en ese libre albedrio
fiará siempre?
JULIA. En verdad,
solo papá puede hacer...
ALB. Y quién fia en el querer
de una esclava voluntad?
JULIA. Alberto!
ALB. Julia, ¿V. me ama?..
JULIA. Para ocultarlo es ya tarde!.....
ALB. Y de ese fuego que hoy arde,
¿pueden estinguir la llama?..
JULIA. Eso nunca! Aqui lo jura
mi fé, sin temer quebranto!
ALB. Entonces, si logro tanto,
¿á qué pido mas ventura?
JULIA. Papá!.. Prudencia, por Dios!..
ALB. Respondo de mi prudencia.
No olvide V. mi sentencia!...
JULIA. Es la vida de los dos.

ESCENA III.

Dichos, DON JUSTO.

D. JUS. (¡Julia con él!) ¿Me esperabas?
JULIA. Si, papá, mas hace rato
tambien, que este caballero...
D. JUS. (*con desden*)
Ah!.. D. Alberto...
ALB. He venido.
JULIA. ¿Quiéres pasar al despacho?
D. JUS. No es preciso...
JULIA. Pues, papá,
con tu permiso, me marcho...
D. JUS. Julia, bien puedes quedarte.
No es asunto reservado
el que á este jóven...

ALB. (¡Dios mio!
qué es lo que me esta pasando!)
D. JUS. Supongo que mi consejo,
pensàndolo mas despacio,
habrá parecido á V.,
aunque facil, el mas sano.
JULIA. (¡Que turbacion en Alberto!)
Qué podrá ser!)
ALB. Vine exacto,
á cumplir aquí, D. Justo,
su último apremiante encargo.
Espero contestacion,
dijo V.; yo se la traigo.
D. JUS. Bien... y lo que es por mi parte,
ya no me interesa el caso,
ni me apremia... Mas deseo,
soy tan justo como franco;
deseo, á pesar de todo,
que ustedes salgan del paso.
JULIA. (Dios de bondad, ¡cuanto sufro!
porqué antes ño me he marchado!)
ALB. O yo mal lo he comprendido,
ó profirieron sus labios,
D. Justo, que este negocio
no le apremiaba á V. tanto.
D. JUS. Ni nada.
ALB. ¿Será posible
que yá, mas afurtunados,
pueda V., sin su perjuicio,
dar espera à nuestro pago?
Si es así, ¡Dios se lo pague!
No sabe V. aun el daño,
el peligro de que salva
á dos pobres desgraciados!
Era la muerte de Adela
sin duda, el terrible caso
que nos afligia; ahora
podrá seguir ignorándolo.
Gracias, D. Justo; mi vida
será muy pequeño plazo,
para agradecer á V.
el bien inmenso que alcanzo.
D. JUS. D. Alberto, siento mucho
que haya V. interpretado

tan mal mis breves palabras.
Yo quisiera que en mi mano
estubiera hacer el bien,
que juzgó V. alcanzado;
pero no he dicho tal cosa,
ni puedo yó hacer milagros.
Dije que no me interesa
ya el asunto, y ello es claro;
pues en el actual apuro
de mis cosas, necesario
me era hoy reunir dinero,
y el pagaré he negociado.

ALB. D. Justo, ¿será verdad,
lo que oigo, ó estoy soñando?

D. JUS. No sé porqué esa estrañeza...
no es un caso estraordinario.
En esta ocasion me encuentro,
como dije á V., escaso
de fondos, y obligaciones
fuertes, me estan apremiando.
Juzgué bien que era imposible
por parte de V. el pago
mañana; y en tal conflicto,
heme visto precisado,
con pérdida, á negociar
el tal pagaré. ¿Hay acaso
injusticia, en ese medio
tan corriente, como válido?

ALB. Dios mio! Cómo he podido
esperar de esa alma un rasgo
de caridad, si es mas dura,
y màs helada que el mármol!
Justícia! V. ve tranquilo
el abismo, à nuestro paso,
en que la suerte nos lanza,
y en vez de tender la mano
para evitar nuestra muerte,
dá impulso al destino bárbaro.
V. no clava el puñal
que guardaba envenenado;
lo pasa à mano mas firme
que no aseste el golpe en vano.
Eso es legal, ¿quién lo duda?
Ante un tribunal muy válido;

mas la voz de su conciencia,
dirá á V. si es bueno ó malo.
Cuando oiga V. que refieren
el que dos tristes hermanos
que en tranquilidad vivian
y en pobreza, pero honrados,
por desgracias de su padre
que sufrieron é ignoraron,
despues de perder sus bienes,
perdieron la vida entrambos,
en nombre de la justicia
de la tierra, no del alto;
dirá V. á su conciencia,
teniendo sereno el ánimo,
«fui justo, y está tranquila»?...
Ella dirá á V. temblando,
que nunca es justo en el cielo,
lo que en el mundo inhumano.

D. Jus. D. Alberto, V. no atiende,
á que su infortunio amargo,
sensible á mi corazon,
no soy yo quien se lo causo.
En circunstancias diversas,
estuviera en mí evitarlo;
pero si hoy no me es posible,
no sé en qué, ni por qué falto.

Alb. No es facil que V. lo sepa.
El corazon dominado
por impulsos de interés,
cual la mente por sus cálculos,
seca en sí todas las fuentes
de los sentimientos santos.
Pregunte V. á esa niña,
que con asombro ha escuchado
nuestra plática, por causas
ó intenciones que no alcanzo,
y ella dirá á V., si puede
permitírselo su llanto,
si su corazon sospecha
la justicia de este caso.
Mas ¿qué ha de decir su boca?
Bien lo muestra el sobresalto
que del pecho compasivo
asoma á su rostro cándido.

JULIA. Por Dios, que mi corazon
no puede ya sufrir tanto!
Papà, perdona si llego
á tus brazos, suplicando
favor y misericordia
para el jóven desdichado...
D. JUS. Julia!... Julia!...
JULIA. ¡Nada súpe,
papá, de este caso infausto,
y al darme así de él hoy cuenta,
lo siento como lo estraño.
Bien sabes que oir no puedo
una voz de un desgraciado,
sin partir con él su pena,
sin verter por él mi llanto.
Tú eres rico, ellos son pobres,
y si tu asiduo trabajo,
tus afanes, son por mí,
como me dice tu labio
cariñoso muchas veces,
la riqueza que yo aguardo,
la quiero para en la tierra
ir mas bienes derramando.
Por eso el oro ambiciono
que me allegan tus cuidados;
si trocado en beneficios
me lo dás, será mas grato.
ALB. ¡Corazon angelical!
D. JUS. Julia, Julia, mucho aplaudo
tus hermosos sentimientos;
mas no los juzgo del caso.
Con tu afliccion importuna,
con tus ruegos, con tu llanto,
acusas injustamente
á tu padre, sin pensarlo.
Yo no soy causa del mal
que aqueja á estos desgraciados;
me duelo de él, y no puedo
ni impedirlo, ni aliviarlo.
Yo hice favor á su padre,
pues proporcioné á su mano
el recurso que pedia
urgentemente su estado.
Hoy la cantidad prestada

fué cobrarla necesario;
y si es mal que ellos la paguen,
perderla yo es mas amargo.

ALB. Perderla V.! no; mas facil
beneficio me ha negado:
con la espera, nos librára
del abismo á que me espanto.

JULIA. Y eso, papá, no es posible?

D. JUS. Cuando no lo hice, no es dado
pensar á nadie otra cosa;
y á V. menos; y me canso
de ternezas y discursos....
D. Alberto, está acabado.

JULIA. Por Dios, papá!..

D. JUS. V. silencio!.
y V...

ALB. D. Justo, me marcho.
Faltaba que V. me echase
á la calle....

D. JUS. Yo no falto
á nadie. Esta casa.

ALB. Gracias.
En mal hora la he pisado,
aunque ella un angel encierra
que calma el dolor con su hálito.
(á Julia)
á los pies de V.

JULIA. (¡Oh!)

ALB. *(á D. Justo)* Soy
de V.

D. JUS. Beso á V. la mano.

ESCENA IV.

DON JUSTO, JULIA.

D. JUS. Señorita, si se ofrece
ocasion, en adelante,
parecida á la pasada,
mas prudencia y mas carácter.
Si tiene V. sentimientos,
tambien los tiene su padre,

y obra bien, y no merece
reconvenciones de nadie.

JULIA. Papá, perdoneme V.
si pude en algo faltarle;
mi sensible corazon
es aquí el solo culpable.
Yo no debí oir...

D. JUS. Yo quise
que V. todo lo escuchase,
porque tenia recelos,
que no los juzgo verdades,
por horror á la desgracia
que vendrian á causarme.
La encontré á V. á su lado,
y sobre temores de antes,
vi yó, en esa circunstancia,
cáusa de sospechas graves.
Creo que anduve acertado
en poner á V. delante,
el porvenir que ese jóven
puede á cualquiera brindarle,
y la ocasion de dar rienda
á rasgos sentimentales
de ese corazon tan tierno,
menos prudente que amante.

JULIA. Por Dios, papá, que es muy duro
é inmerecido lenguage!...
Mi estancia aquí fué casual;
á V. salí yo buscandole..
y esos rasgos, no es mi culpa
si solos del pecho salen!

D. JUS. Nunca, si no los impele
una causa...

JULIA. Formidable
es la causa que ha arrancado
á mi corazon sus ayes.

D. JUS. Cual es, pues?..

JULIA La compasion.

D. JUS. Esa, Julia, no es bastante;
que la compasion no ciega
como otra, que en V. arde.

JULIA. Al ver la enorme desgracia
que en una familia cae
tan honrada, y...

D. Jus. Otras muchas
las hay en el mundo iguales.
O llega la compasion
de V., tambien, hasta el trance
de pensar en sacrificios
para compartir sus males?
Tal vez ese corazon
caritativo, esperase
que aquello que mis cuidados,
mis desvelos, mis afanes,
lograban para su dicha,
pudiera ser buena parte
para remediar desgracias
que llegan; porque á Dios place.

Julia. Juzgára yo ese remedio
¿porqué he de mentir? laudable.

D. Jus. Laudable, Julia! Veía
que fingia V. sin arte.
¿V. á ese jóven ama?
No ha pensado V. lo que hace.
V. que ha escuchado siempre
tantas cariñosas frases
de mis paternales labios;
V. que me oyó anunciarle
á su bondad y obediencia
miles de felicidades,
y desvio y abandono
á su ingratitud, demande
lo que estime de mas precio
de la voluntad de un padre:
mi reprobacion eterna,
ó mi cariño constante.

Julia. Por favor!.. Yo no me aparto
de su obediencia; V. mande,
y tendrá V. á su hija
dispuesta á sacrificarse.

D. Jus. Yo sacrificios no quiero;
voluntad sólo me place.

Julia. De la voluntad dispone
la razon, y es de V., padre;
pero el corazon no es mio,
y yo no puedo obligarle.

D. Jus. Con buen juicio y voluntad,
puede que no sea tarde;

si no es asi, para todos
auguro dias fatales.

ESCENA V.

Dichos, DON SEVERO.

D. SEV. Diantre de Luis, tan pesado...
Hola, ¿aquí estáis?.. buenos dias.
D. JUS. A Dios....
D. SEV. Qué es esto? Os encuentro,
con grande sorpresa mia,
como jamàs os he visto.
Hermano, ¿qué causa obliga,
que debe ser poderosa,
á tu destemplanza y fria
seriedad, y á esa afliccion,
y á ese llanto de tú hija?
¿Qué ha habido aqui que no alcanzo?
D. JUS. Lo que no esperé en mi vida
de esas bondades de Julia
que tú el primero sublimas.
D. JUS. Julia ha faltado á su padre!..
Justo, Justo, necesita
mi corazon que le espliques
la gran causa que motiva
ese rigor, nunca usado;
y tú ven, ven, hija mia,
no llores mas, y un momento
retírate, pobrecilla,
que he de volverte bien pronto,
con su perdon, sus caricias,
ó haré mas dulces tus lágrimas,
mezclándolas con las mias.
(Retirase Julia por la izquierda, acompañándola D. Severo hasta la puerta.)

ESCENA VI.

DON JUSTO, DON SEVERO.

D. SEV. Cuanto ha pasado, con ansia
Justo, aguardo que me digas;
porque hasta tener las pruebas
de la falta de tu hija;
en su inocencia yo creo
y en su bondad. Más se inclina
en esta ocasion el ànimo,
á culparte de injusticia.
D. JUS. Hoy, Severo, he descubierto
lo que en sospecha temia
de Julia; su corazon,
contra el fin que le destina
mi voluntad y cariño,
por cierto jóven suspira,
que no juzgo conveniente
al decoro de mi hija.
Dicen de èl que es virtuoso,
de talento, y de familia
regular; pero es muy pobre,
y no ofrece garantias
su presente, de que alcance
posicion de Julia digna.
Además, precisamente
mañana el término espira
de un pagaré de mil pesos,
que de su padre la firma
hoy á él le hace responsable,
y hará su completa ruina.
El jóven es D. Alberto....
D. SEV. Justo, ¿D. Alberto Espina?
D. JUS. El mismo....
D. SEV. ¡Dios de bondad!....
Un rayo de tu justicia!...
Un pagaré de mil duros!...
y mañana!..., qué desdicha!...
Infelices! ¿Y has negado
la espera que solicitan?
¿Es por no tener fianza,

por no hallar segura firma?...
Si es eso, y aun hay remedio,
Justo, aquí tienes la mia.

D. Jus. ¡Qué dices!....

D. Sev. Nada; no sabes
lo que has hecho. ¡Pobrecilla!..
Si ha recibido ese golpe,
no la salvamos la vida.
¿Y ese era el crimen de Julia,
que así te exalta y te irrita?
Ese era el jóven; que pobre
de esa riqueza mezquina
y despreciable del oro,
no es conveniente á tu hija?
Pues, qué!, virtud y talento,
¿no es un oro que mas brilla?
Justo, Justo, no conoces
á ese jóven, ni á esa niña,
su pobre hermana, que tanto
hoy su existencia peligra.
Si aun es tiempo, por ventura,
apiadate de sus cuitas,
y si garantía quieres,
yo te la daré cumplida.

D. Jus. No comprendo, hermano mio,
tan ciego interés... Sabia
tu relacion, como médico,
hace años de esa familia;
pero que te mereciera
tan exagerada estima;
no lo entiendo sin asombro,
mi juicio no me lo esplica.

D. Sev. Pues bien; el mio lo entiende,
y mi corazon lo afirma.
Respondeme si aun es tiempo;
si dispones todavia
del pagaré, y lo recojo
con dinero ó con mi firma.

D. Jus. No lo tengo. Hace un momento
que lo he negociado, en vista
de que me faltaban fondos,
y tan pronto no podia
realizarlo...

D. Sev. Desde luego

lo temí, sin esquisita
penetracion. Tus urgencias
tan apremiantes del dia,
no quiero poner en duda,
que eres honrado, y mentira
no la concibo en tus labios,
aunque el interés te anima.
Pero antes que ese interés,
por todo hombre que en sí abriga
un corazon y conciencia,
de otra manera se miran
casos tan escepcionales,
pese á la humana justicia.

D. Jus. Asombrado estoy oyendo
tus razones, que me admiran.
¿Con que ya no hay corazon
en el que obra lo que dicta
su justa necesidad,
ni virtud su pecho anida?..
Interés!.. pues si despojas
al comercio de él, le quitas
su razon de ser, su fuerza,
su objeto, su fin, su vida.
Y el imprudente que ciego,
de la compasion se inspira,
pronto su crédito activo
convierte en humo y cenizas.
Con que yo obré justamente;
mi conciencia está tranquila;
si alguien lo sufre, y no puedo
remediarlo, Dios le asista.

D. Sev. Con que, justamente?... Hermano,
no es virtud esa justicia.
(*Con ironía.*)
La caridad no es del mundo
ni el mundo la necesita;
con no hacer mal en la tierra,
ya está la virtud cumplida.
El hombre, que no haga daño;
que de hacer bien, Dios se cuida.
(*Con arrebato.*)
Y esto, ¿qué locos lo dicen,
y qué ciegos lo practican?
Precisamente los mismos

que por el mundo caminan
tras de la varia fortuna
y sus riquezas mezquinas,
sin pensar que dá á los unos
lo que á los otros les quita.
Quien vive tranquilamente
sin la sed de la codicia,
y dá su mano á los pobres
que su amparo necesitan;
quien no convierte sus sueños
en afanosas vigilias,
y con su sóbrio trabajo
llena el deber de la vida;
ese pudiera burlarse
del hombre y de sus doctrinas,
que en su virtud lleva á Dios
por consuelo y compañia.
Pero el que cifra su gloria
y su ilusion y su dicha,
en los montones del oro
que en su pensamiento hacina,
ese necesita al hombre;
pues como solo oro ansía,
y el oro es cosa del mundo,
fuerza es que al hombre lo pida.
Tú, Justo, que en tus afanes
tambien en el oro cifras
tu ventura, si su rostro
la fortuna te retira,
irás á pedirle al hombre
te tienda su mano amiga,
y el hombre dirá, no puedo
remediarlo, Dios le asista.

D. Jus. La felicidad de Julia,
es el afan que me anima.

D. Sev. Lo apruebo; mas esa herencia
no estriva en hacerla rica.

D. Jus. Algo es!... Pero concluyamos,
sin perder nuestra armonia.
Ya ese negocio no es mio;
si hay falta en él, no hay malicia.

D. Sev. No estrañes, pues, que al momento
de mi cuenta lo defina
con mi dinero, y del modo

que el mas pronto bien consiga.

D. Jus. Yo, por mi parte, me alegro
en el alma..

D. Sev. En cuanto á tu hija
y á ese amor, yo te aseguro
la resolucion mas digna.
Tú sabes que, como un padre,
la amo con idolatría.

D. Jus. Tampoco mi confianza
ignoras tú; desde niña
la educas...

D. Sev. Y tengo orgullo...

D. Jus. Como yo...

D. Sev. Pues no mas riñas.
Dame un abrazo, y permite
que llame aquí á nuestra vista
á Julia, para con otro
devolverle su alegria.

D. Jus. Como quieras...

D. Sev. Sí.. voy... Julia!...
Julia!... Julita!... hija mia!...
(Saliendo Julia.)
Ven... ven!... á tu papá un abrazo!...

Julia. *(Abrazándolo.)*
Papá!..

D. Sev. Y á mi dos!.. querida!
¿Has visto si mi palabra
he sabido bien cumplirla?
Enjugo tu llanto triste,
y te vuelvo sus caricias.

Julia. Querido tio!...

D. Sev. Mas quiero
que á papá no contradigas
en nada; su voluntad,
es ley en las buenas hijas.

Julia. Ya sabe V...

D. Sev. Sí; sí, Julia;
ya sé que nunca lo olvidas.
Vamos, pues, un nuevo abrazo
á papá, que se retira
al despacho, y tú á paseo
vendrás en mi compañia,
y luego á comer conmigo,
como papá no lo impida.

«

D. JUS. Nunca me opongo á esos gustos.
D. SEV. Porque ellos hacen mi dicha.
Con que vamonos á dentro
Julia, y á ver si te avias....
JULIA. (*Julia abrazándolo.*)
A Dios, papá!...
D. JUS. A Dios.. No olvides
mi consejo... (*á Julia.*)
D. SEV. Eso, descuida.
D. JUS. Si aun pudiera aquel asunto... (*á D. Severo.*)
D. SEV. Nada; aquel ya es cuenta mia.
(*Entrase D. Severo y Julia, por la puerta de la izquierda, y al dirigirse, al propio tiempo, D. Justo hacia la del foro como á su despacho, sale Luis, y le entrega una carta.*)

ESCENA VII.

DON JUSTO, LUIS.

LUIS. (*Saliendo.*)
Señor, esta carta...
D. JUS. A ver...
Esperan contestacion?
LUIS. De parte de D. Ramon
me la ha entregado Ferrer,
y se ha marchado...
D. JUS. Corriente. (*Vase Luis.*)
A ver si se nos presenta
otro negocio de cuenta,
merced á tan buen agente.
(*Lee*)
¡Que leo!... ¿será esto cierto?...
Dios mio!... falsificado!...
de la clase que he comprado!...
Si fuese verdad, me han muerto!!
Sí, sí!.. Bien claro lo dice!...
pero no... no estoy seguro....
este tan terrible apuro;
cierta mi ruina predice!
Dos millones!.. ayer mismo!..

dos millones!.. Dios eterno!..
mi cabeza es un infierno!..
¡tambien á mis pies abismo!
Corro á ver!.. mas, corazon,
valor, valor, que aun confio!...
¡si es ese papel del mio,
completa es mi perdicion!

(*Se dirige hacia el foro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma sala del primer acto en casa de Alberto, igualmente amueblada. Aparece Adela en el propio asiento que en el acto primero, y á su lado Alberto de pie, el cual se sienta oportunamente en el curso de esta escena.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, ADELA.

ALB. ¿Estás bien, Adela mia?
ADELA. Me siento Alberto mejor:
¡Qué agudo y fiero dolor!
Yo creí que me moría.
Si no llegas á mi lado
en tan crudo trance, Alberto,
tal vez mi cadaver yerto
hubiéras aqui encontrado.
ALB. Mas ya pasó... no fué nada...
sentiste un leve mareo.
¿Quiéres, Adela, un paseo
dar en mi brazo apoyada?
ADELA. Estoy tan débil!.. Apenas
podré tenerme de pié.

Este golpe, Alberto, fué
la corona de mis penas.

ALB. Por Dios, Adela, por Dios!
No desmayes, sé mas fuerte;
combata fiera la suerte,
pero vivamos los dos.
Si viera restablecida
tu salud, que me es tan cara,
pronto, Adela, se trocára
nuestra amarga en dulce vida.

ADELA. El postrer golpe es mortal,
y será mi esfuerzo vano.

ALB. Bien sabes que está en tu mano
vencer por completo el mal.

ADELA. Alberto, pura ilusion
es de tu cariño fiel!
para golpe tan cruel
no tengo ya corazon.

ALB. Por qué?

ADELA. La horrible verdad
que me ocultaste prudente,
se me ofreció mas de frente
en toda su fealdad.
Que tenaz en sus agravios
la suerte, en su empeño loco,
juzgó que sería poco
que la anunciáran tus labios.

ALB. ¿Quién imaginado hubiera,
que ese hombre habia de hacer?..

ADELA. Semejante proceder,
facilmente no se espera.

ALB. Mas si no hay remedio ya,
con tu buen juicio medita,
que el mal tu dolor no evita,
pero sí lo aumentará.
Y en muy debil te conviertes,
si así te inclinan los males,
que los golpes mas fatales
son para las almas fuertes.

ADELA. Deja que este mal tan cierto,
me lleve á la tumba helada!
Soy yo carga muy pesada
para tus hombros, Alberto.

ALB. No pienses así, querida.

ADELA. Para nada te aprovecho...
ALB. No destroces mas mi pecho!...
sin tí yá, ¿qué me es la vida?
ADELA. Si anima á tu corazon
la imagen de la que adoras,
aun podrán correr tus horas
doradas por la ilusion.
ALB. Antes esa imagen bella,
será el mayor enemigo
de mi bien, si no consigo
estinguir su última huella.
Llegué á su labio á escuchar
su ardiente amor y su pena;
mas la suerte nos condena
á no volvernos á hablar.
Sí, Adela; mi desventura
quiso que la viese allí;
y al verla, no resistí
á pintarla mi amargura.
Y apenas ella tambien
vino á descubrir lo mismo,
abrióse un profundo abismo
entre su bien y mi bien.
Llegó su padre, y sin duda
notando nuestros sonrojos,
para humillarme á sus ojos,
llamó al desprecio en su ayuda.
Y ella de afliccion no escasa,
y yo de vergüenza ciego,
vimos burlado mi ruego,
echándome de su casa.
ADELA. Dios mio, ¡qué iniquidad!
esa accion no tiene nombre!
Pues ¿qué le hicimos á ese hombre
para tanta crueldad?
Si, ignorándolo, debemos
la suma que reclamaba,
y para cobrar bastaba
con lo poco que tenemos;
¿por qué dá á poder estraño
ese fatal documento,
no siendo con el intento
de acrecer mas nuestro daño?
En cuanto á tu amor, ya sabes

que hoy mismo te predecia
el desprecio que tendria,
entre otros males mas graves.
Y te advertía, y te advierte
con causa mucho mayor,
que es posible que ese amor
ocasione alguna muerte.

ALB. Pues bien; á mi vez te advierto
con una fé que no es vana,
que si tu vives, hermana,
tambien vivirá tu Alberto.
Y estinguirá esa pasion,
ó en su pecho ha de hacer trizas
y reducirá á cenizas,
los restos del corazon.
Vive tú, y serás consuelo
de tu hermano que te adora:
él vé en tu salud, la aurora
de benignidad del cielo.

ADELA. ¡Cuánto bien, ¡ay! lleva al alma
tan puro amor fraternal!
A no ser tan grave el mal,
volviera al pecho su calma.

ALB. Y volverá, yo lo fio;
pues cuando tu amor, Adela,
á mí me calma y consuela,
bien puede calmarte el mio.

ADELA. Ya lo ves cual fortalece
este espíritu abatido;
hoy ya hubiera sucumbido,
sin la dicha que me ofrece.

ALB. Pues si ayudas á mi intento,
esa dicha vendrá entera.
Llamaron, Adela?... Espera,
que voy á ver un momento...
(*Desde el foro.*)
Pase V., pase adelante.

ESCENA II.

Dichos, LUIS.

LUIS Dios guarde á usted... Mi señor
suplica á V. el favor
de que se entere al instante
de esta esquela...
ALB. De D. Justo?
LUIS. Sí, señor...
ALB. (Que podrá ser!.)
(habrá otro mal que temer!)
ADELA. (Corazon, un nuevo susto!)
ALB. *¡Despuès de leer)*
(Y qué será lo que tenga
que consultar!... El á mí!)
Diga V. que espero aquí;
que cuando guste, que venga.
LUIS. Muy bien. Servidor de V.
ALB. Vaya V. con Dios... Adela,
á juzgar por esta esquela,
me viene à pedir merced.
¡Cosa mas particular!
Despues de lo que ha pasado,
mi dictamen de letrado
venir él á demandar!
Por mi parte te aseguro
que no alcanzo à comprender...
Podrà lo que quiera ser,
pero, esta vez, mal no auguro.
ADELA. No sé...
ALB. Sí, Adela, este dia
llegó el mal á su apogeo,
y ya el descenso preveo
hàcia tu dicha y la mia.
No lo dudes, cambiará
nuestra suerte; en sus vaivenes,
si hoy arrebata estos bienes,
mañana otros nos dará.
Yo iré trabajo buscando
sin temer nimio desdoro,
que en el hombre no hay decoro

como vivir trabajando.
La noble profesion mia,
ilustre por tantos modos,
no dà recursos à todos
los que la egercen hoy dia.
Que muchos que de la edad
la flor dieron à la ciencia,
cogen del fruto la esencia,
en la cruel necesidad.
Y siempre, como hoy asombra,
mas se verá, en el que elija
el rincon, donde cobija
de la modestia la sombra.
Pero desde hoy mi fé viva,
cuenta que à alcanzar nos trajo,
la dicha de aquí, el trabajo,
nuestra virtud, la de arriba.

ADELA. Sin tener esa ilusion,
tu fé me anima bastante.

ALB. Con placer en tu semblante
contemplo esa animacion.

ADELA. Ahóra, si se propasa
D. Justo, á ofrecerte, luego,
lo que ha negado á tu ruego,
con tal desprecio, en su casa,
que tú dignidad él pruebe
reusando su favor:
no tener nada, es mejor,
que tener lo que se debe.

ALB. No pienso aceptar ni un punto
de favor indignamente;
entre los dos no consiente
ningun arreglo este asunto.
Yó que ignorases queria
el nuevo suceso triste;
mas pues todo lo supiste
merced á la suerte impia,
nada me importa por mí,
si tú fortaleza tienes,
llévense tus pocos bienes;
yo he de bastar para tí.

ADELA. Mis bienes!. y tuyos nó?.,

ALB. No, Adela; mi afan sincéro,
era conservarte entero

lo que Papá nos dejó.
Por no tocarlo he rogado
con tan dura humillacion!
tu dote era, en mi intencion,
y lo juzgaba sagrado.

ADELA. Pues bien; ¿acaso podrá
tener destino mejor?..
Esa deuda era el honor
de nuestro amado papá.
Solamente siento el medio
de pagar, que es bien amargo!..
Me hace temblar el embargo,
y ya no hay otro remedio!
Por tu nombre me ha causado
este anuncio, tal dolor!..
el hombre cuando es deudor,
deja de ser hombre honrado!

ALB. No digo que no te sobre
la razon; pero ¡paciencia!
nos queda nuestra conciencia
que es un tesoro en el pobre.
Además, bien podrán ver
que nos quedamos sin nada,
por una deuda sagrada
que ignorábamos ayer.

ADELA. Eso en parte me congracia
con un rayo de alegria;
si el pobre papá debia,
tambien fué por su desgracia.
Nuestro bien era el motivo
de los males que callaba;
sus penas nos ocultaba
por su cariño escesivo.
Conserve, pues, con respeto,
su memoria amor filial...
¡Cuánto lloraria el mal
que dejaba en su secreto!

ALB. No llores mas que te daña
Adela, tanta emocion!..
Vé que escalda el corazon
el llanto que el rostro baña.
Que de alegria otro rayo
vuelva á alumbrar en tu pecho;
lo hecho, Adela, ya está hecho;

basta de duelo y desmayo.
¿Quiéres ahora un momento
dar dos pasos por aquí?,.
Bien; ya estoy mejor... Creí
no alzarme ya de este asiento.

ALB. La voluntad es muy fuerte;
vas ganando ya, no poco...

ADELA. Gracias á tí...

ALB. Estaba loco
al temer que iba á perderte.

ADELA. Yó tambien me ló he creido
y á fé que nó lo sentia.

ALB. Ya no más, Adela mia,
pensemos en lo ocurrido.

ADELA. Otra vez llaman...

ALB. Infiero
que D. Justo debe ser.

ADELA. No tengo mas que temer,
pero...

ALB. Tranquilo le espero.

ADELA. Al despacho le entrarás.
Yo en tanto aquí... (*Sentándose*)

ALB. Tengo pena
de que sola...

ADELA. Ya estoy buena.

ALB. Qué inmenso placer me das.

ESCENA III.

Dichos, DON SEVERO *y* JULIA.

D. SEV. No se espera esta visita.

ALB. (¡Cielos!)

ADELA. D. Severo... ¡Julia!
¡Cuánto me alegro!...

JULIA. (*Se abrazan.*) Sí, Adela!
Tambien mi alegria es mucha!..
¿Cómo estás?

ADELA. Ahora me encuentro
muy bien, querida...

D. SEV. Sin duda;
pero pido yo algo mas,

que ese semblante me anuncia,
que no hacemos adelantos
porque el plan no se ejecuta.
Vamos, sentarse las dos
y á recordar travesuras,
y los infantiles juegos,
y tantas cosillas juntas,
como al veros nuevamente,
á vuestra memoria acudan.

ADELA. Estariamos mejor
adentro, si ustedes gustan.

D. SEV. Nada de eso, Adela, nada;
sin etiqueta ninguna.
Hemos venido esta tarde,
porque pase V. con Julia
un rato de distraccion,
que esta ha de hacer nuestra cura.

ADELA. Oh! si todos los recursos
son como este, ya no hay duda.

D. SEV. Lo serán.

ADELA. Yo los acepto.

D. SEV. Pues, entonces, mi plan triunfa.
Mirad; mientras que os vuelan
los instantes aquí juntas,
voy con Alberto un momento
á su despacho, en consulta
de un caso.. Señor letrado,
podremos pasar?..

ALB. Con mucha
satisfaccion y honra mia..

D. SEV. Estimo tanta finura,
y voy delante.. (*Entrase*).

ADELA. (*á Alb. con intencion.*) Si alguno...

ALB. Descuida; saldré en su busca.

ESCENA IV.

ADELA, JULIA.

ADELA. Si vieras cuanto placer
à tu lado esperimento!

JULIA. El mio es inesplicable!..

Hacia ya tanto tiempo
que juntas no nos veiamos!
Y era grande mi deseo
de hablarte con el cariño
que siempre guardo en mi pecho.

ADELA. Yo tambien, querida Julia..!
Hoy mismo aquí á D. Severo
le dije, cuanto anhelaba
volver á darte mil besos.

JULIA. Con tio hablo de vosotros
tantas veces, cuantas puedo.
Y como él os quiere tanto,
y nunca pierde momento
de dar á vuestras virtudes
todo el merecido premio,
quien le escuche, es imposible
que no arda en el mismo afecto.

ADELA. Es tan bondadoso!

JULIA. Ha dias
que notaba en él deseo
de presentarme en tu casa,
y darnos estos momentos
de placer, mas se abstenia,
á mi juicio, por Alberto.
Pero hoy por fin, con la idea
de dar á tu pensamiento
diversion, segun me dijo,
con infantiles recuerdos,
aquí me trajo, y tu puedes
considerar mi contento,
al verme, Adela, á tu lado,
y al darte abrazos tan tiernos.

ADELA. ¡Cuanto lo agradezco, Julia!
Es un escelente médico
tu tio!.. Mi mal conoce
quien le aplica estos remedios.

JULIA. Y que dicha tan inmensa
para mí, si ayudo al menos,
á que la salud recobres
que estimamos de tal precio.

ADELA. No sabes tú cuanto ayudas!
Fueron mis padecimientos,
Julia, tantos y tan crudos,
que hoy vivo y no me lo creo.

JULIA. Todos, Adela, padecen
en el mundo, más ó menos.
Tanbien yo lloro mis penas
sin encontrar un consuelo!.

ADELA. Penas tú, Julia?

JULIA. Te estrañas?
Si abrir pudiera mi pecho,
tu verias los estragos
de mi dolor tan acerbo.

ADELA. Con las condiciones, Julia,
de tu fortuna, no entiendo
cómo pudo el corazon
entregarse al desconsuelo.

JULIA. De mi fortuna! ¿qué valen
las riquezas? Yo no creo,
ni tú, que al alma la cura
del oro el brillante aspecto.
A veces, esas riquezas
parece que las dá el cielo,
como obstáculo invencible
para otros bienes mas ciertos.
Y entonces al que las tiene,
mas que pobre lo contemplo,
si con el oro no alcanza
esos goces verdaderos.
Esa es mi fortuna, Adela,
que á nadie se la deseo;
si riquezas no me faltan,
felicidad no la tengo.

ADELA. Es posible, Julia? Nunca
me lo hubiera yo supuesto.
Combatidos por la suerte
con terribles contratiempos,
juzgaba á todos felices,
fuera del círculo estrecho
de esta casa, donde mora
la desdicha ha largo tiempo.

JULIA. No Adela, son aparentes
muchas venturas que vemos;
con capa de oro se cubren,
y ocultan mezquino hierro.
Mi buen papá, sin descanso,
en afanosos desvelos,
quiere procurar mi dicha

sus caudales acreciendo,
sin pensar que si le falta
al corazon su alimento,
esa riqueza no evita
que triste viva muriendo.
Y no conozco otras penas,
otro dolor mas cruento,
que el que sufre un corazon
que padece sin remedio.

ADELA. Y así, Julia, sufre el tuyo?

JULIA. Así, Adela, hace algun tiempo.

ADELA. Pues del corazon los males,
dicen que no son tan sérios;
porque, aunque entre las ansias
de la muerte esté el enfermo,
una esperanza ligera,
la espresion de un dulce afecto,
tornan su agonía en vida,
y su amargura en contento.
Con que no es bien que tú tengas
por deshauciado tan presto
al tuyo, que si hoy padece,
no ha de ser su mal eterno.

JULIA. ¡Si asi fuera, Adela mia!
Mas tal ventura no espero.

ADELA. Con que segun eso, Julia,
amas?

JULIA. Sí; te lo confieso.

ADELA. Y no eres correspondida?

JULIA. Poco viviera sin serlo.

ADELA. Pues, entonces...

JULIA. Mucho falta
al logro del bien que anhelo.

ADELA. Se opone papá?

JULIA. Se opone.

ADELA. No será digno el sugeto
de tu mano?..

JUILA. Mas merece.

ADELA. Es pobre?

JULIA. No de talento.

ADELA. Esa no es riqueza, Julia,
que se estima hoy de gran precio.
Mas si el obstáculo es grande,
¿la voluntad será menos?

JULIA. Solo sé que me parece
hoy invencible el primero.
ADELA. Jamás amor fué cobarde.
JULIA. Sacrificarse, no es miedo.
ADELA. Debilidad se le llama.
JULIA. Nunca obediencia y respeto?
ADELA. Cuando la razon alumbra;
y entonces no es amor ciego.
JULIA. Y podrás pensar, Adela,
que no es firme el que aquí siento?
ADELA. Yo nó; tu prudente juicio,
que aplaudo, lo está diciendo.
Mientras la mente no ofusca,
no es muy voraz el incendio.
JULIA. Pues mi corazon abrasa,
Adela, todo ese fuego.
ADELA. Y tú cenizas lo quieres,
por matar sus sentimientos?
JULIA. Nó, nó!..
ADELA. Si lo sacrificas...
JULIA. En holocausto lo entrego
al deber y á la obediencia....
ADELA. No es eso amar... pero es bueno.

ESCENA V.

Dichas, DON SEVERO, ALBERTO *detrás.*

D. SEV. (*Conmovido.*)
Vamos, Julia...
ADELA: D. Severo...
Tan pronto!.. no puede ser..
D. SEV. Ya aquí no tengo que hacer,
segun por lo visto infiero.
ADÉLA. ¿Cómo?...
D. SEV. Mi inutilidad
es demasiado patente.
ADELA. No comprendo!... ¿y V. siente,
que eso en mi casa es verdad?
D. SEV. Destrozando el corazon,
tal verdad he descubierto.
Pregúntele V. á Alberto,

si es que tengo ó no razon.
Yo satisfecho vivia
de que era algo en esta casa...
Justamente eso me pasa
por tener tanta osadía.

ADELA. Pero, Dios mio, ¿qué es esto?...
qué ha pasado entre los dos?...
Digan ustedes, ¡por Dios!
todo cuanto ocurra, presto.

ALB. Solo te puedo decir,
que aunque en ello me desmande,
nos brinda un favor tan grande,
que no me atrevo á admitir.
Y siento de corazon,
con la mas amarga pena,
que no estime como buena
mi poderosa razon.

D. SEV. Razon!.. No hace los agravios
que dentro del pecho llevo;
y apreciarla así no debo,
ni aun saliendo de esos labios.
Tengo yo mas de un motivo
para no hacer esa estima,
y nada hay que á V. exima
del desaire que recibo.

ADELA. Desaire!... Alberto!... no creo...

D. SEV. (*Con sentimiento creciente*)
Si señora; la verdad.
La misma á esta sociedad
en todas partes la veo.
Más que insensibles y locos,
desconocido el bien es,
en muchos, por interés,
por vano orgullo, en no pocos.
Si señora; hoy no se entiende
que el hombre tienda su mano
al hombre, como al hermano
que de igual padre desciende.
Ha de dar una razon
cuando hacer un bien desea,
que no hay nadie que le crea
que le impulsa el corazon.
Virtud!.. me cuesta trabajo
mirarte en tan vil desprecio!..

Hacer bien, eso es muy necio!
Recibirlo, eso es muy bajo!..
Mas, ¡infeliz sociedad!
que así mi lástima inspiras,
¿qué bien en el mundo miras...
si no vés la caridad!

ADELA. Por Dios!.. deje V. que ruegue...
Yo no entiendo... V. se altera;
Mas pida V. cuanto quiera;
nada habrá que se le niegue.

D. SEV. Gracias! el gozo me embarga!...
V., Adela, no sabe,
sin duda, el peso tan grave
que á mi corazon descarga.

ADELA. Me confunde bondad tal!
el favor nos hace usted,
y toma como merced
el aliviar nuestro mal.

ALB. Adela, tambien me siento
por tanta bondad confuso,
y en mi gratitud me acuso
de poco agradecimiento.
Mas dejemos suspendida
esta incidencia hasta luego,
y á D. Severo le ruego
que detenga su salida.
Aquí mucho siempre importa;
y ha de sernos muy amargo,
ver, tras de tiempo tan largo,
una visita tan corta.

D. SEV. Ya alejada la zozobra
que causó mi sentimiento,
verlas aquí es mi contento,
y tengo tiempo de sobra.

ALB. (*á Adela.*)
Entonces, pues tus dulzuras
prolonga en esta ocasion
Julia, por mas distraccion
enséñala tus pinturas.

JULIA. Tendré un placer por mi parte...

ADELA. Tambien yo; aunque poco ó nada
podrás ver.

ALB. Es consumada
Julia, en tan difícil arte.

JULIA. Solo es mi aficion bastante...
ADELA. Oh! mas en tí se revela...
D. SEV. Como me complace, Adela,
ver tan otro ese semblante!
ADELA. Estoy bien, gracias á Dios.
D. SEV. Ya lo creo...
ADELA. Vamos, vamos...
ALB. Nosotros aquí quedamos;
luego entraremos los dos.
(Entranse Adela y Julia por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

DON SEVERO, ALBERTO.

D. SEV. Dispense V. que le diga
que era una tenacidad.
ALB. Antes la necesidad,
de ese modo á obrar me obliga.
D. SEV. Y seria V. capaz
todavia, hasta ese punto?...
No hablemos mas del asunto.
si queremos tener paz.
ALB. Pero V., en su buen juicio,
nunca debió presumir,
que se pudiera admitir
tan inmenso sacrificio.
D. SEV. ¿Porqué nó? No es una mano
amiga, la que lo tiende?
O V., por ventura, entiende
de amistad el nombre, vano?
La amistad, si no es mentida,
y esa yo no la concibo,
dará con su afecto vivo,
qué es el dinero?.. la vida!
De V. me estraña, á fé mía,
porque veo con dolor,
que no admitiendo el favor,
tampoco á su vez lo haria.
Sacrificio! no es el nombre
por cierto, que Dios le ha dado;

ayudar al desgraciado
es un deber en el hombre.
Y si aquí creí yo ver
necesidad de esa ayuda,
permítame V. que acuda
á cumplir con mi deber.

ALB. Cuando es la necesidad
de tal consideracion...

D. SEV. Tambien la satisfaccion
será de mas entidad.

ALB. Pero ese deber no pide
tan grande desprendimiento;
y aceptarlo, yo aquí siento
que la conciencia lo impide.

D. SEV. Por demas nimio es V.
¿No basta que franco el pecho
muestre á V., que con ese hecho
recibo yo mas merced?
Que si tuve por fatal
una desgracia tan grave,
la dicha es mayor que cabe
al que remedia ese mal?
V. sabe que mi aprecio
no es de un amigo cualquiera,
y que he de sentir me hiera
la ingratitud ó el desprecio.
Que con afanes prolijos
busco à ustedes su ventura,
lo mismo que la procura
un padre para sus hijos.
Antojos, pues, no merezco;
y comprenda su buen juicio,
que no es ningun sacrificio
lo que con el alma ofrezco.

ALB. Gracias, gracias. Esa oferta,
me ha obligado á reusar
el temor de no abusar
de su firme amistad cierta.
Perdone V. la intencion
que á obrar así me ha movido,
pues bastante ha padecido
mi sensible corazon.
Empero V. saber debe,
por si algo afecta al asunto,

que á D. Justo, en este punto
estoy esperando en breve.

D. Sev. ¿A mi hermano?..

Alb. Justamente.

D. Sev. Cosa estraña!... aquí él ahora!
¿y V. el objeto ignora?..

Alb. Todo lo qne sè àl presente
es no más, que con urgencia
mandó uua esquela, y decia
si concederle podia
en esta tarde una audiencia.

D. Sev. A qué venir él, no sé,
despues de lo sucedido!...
tal véz quiera arrepentido
renovar el pagaré...
Mas dijo, que no era suyo!...
¿Seria un pretesto acaso?
El objeto de este paso,
de comprender no concluyo.
Pero la intencion que tenga,
por él saberla yó debo;
de esta casa no me muevo
hasta que mi hermano venga.
Pica mi curiosidad
la causa de esta entrevista,
y he de ponerme à su vista
para saber la verdad.

Alb. Le aguarda V.?

D. Sev. Sí, le aguardo,
y por demás impaciente.

Alb. Segun me anunció lo urgente,
es estraño su retardo.

D. Sev. Ahora que mi ansia reclama
su deseada presencia...

Alb. No esté V. con impaciencia,
que creo que es el que llama.

D. Sev. Me alegro á fuer de Severo.
Voy á Julia à preparar...
V. se puede quedar
à recibirle primero.

(Entrase D. Severo, y Alberto se dirige hacia el foro á tiempo que entra D. Justo.)

ESCENA VII.

ALBERTO, DON JUSTO *sobresaltado.*

D. JUS. Gracias, gracias, D. Alberto,
por esa bondad tan grande.
ALB. No hay motivo...
D. JUS. Mucho, mucho!..
permita V. que descanse...
Vengo muerto!
ALB. Pues qué ocurre?...
qué causas?.. hable V., hable.
¿De qué puedo yó servirle?
D. JUS. Me abochorna ese lenguage!..
Dispense V. mi venida,
aunque le indigne y le estrañe.
ALB. Porqué, D. Justo?
D. JUS. No puedo,
aunque quiera, disculparme...
A esta casa, los impulsos
de mi corazon me tráen.
ALB. Pero á V., D. Justo, pasa
alguna cosa muy grave.
Esa agitación tan fuerte,
la tristeza del semblante...
D. JUS. No sé sí podrá mi lengua,
sin que esta pena me acabe,
contar toda mi desgracia!...
creí morirme en la calle! ..
Yo necesito un letrado
que mi honra y mi vida salve.
ALB. Que sucede á V.?
D. JUS. ¡Mi ruina,
D. Alberto, está delante!
ALB. Pues, ¿cómo?
D. JUS. Víctima he sido
de una accion la mas infame!
¡Me han robado dos millones!
y eso por hoy es bastante,
para perder en un dia
mi crédito, en cuanto vale.
Mañana será ya público

lo que hasta aqui pocos saben,
y por la desconfianza,
que en esos casos es grande,
vendrán todos à pedirme
sus impuestos capitales.
¿Quién podrà, sino la muerte,
tanta deshonra evitarme?

ALB. Sosieguese V., D. Justo;
veremos si nos es dable...

D. JUS. ¡Hija mia!.. hija del alma!..
Por tí mis sueños y afanes,
y recoger la miseria
por herencia de tu padre!

ALB. Mas calma, por Dios!

D. JUS. No puedo,
D. Alberto, dominarme!
Al recuerdo de mi hija,
el alma del pecho sale!
Yo acrecia mis riquezas
para ella, y en un instante
lo veo perdido todo,
de la suerte en los azares!
Hija de mi corazon!

(Salen azorados D. Severo y Julia, y al verlos D. Justo se sorprende y se levanta. Adela sale detras, y Alberto se dirige á ella, como para prevenir su emocion.)

ESCENA VIII.

Dichos, ADELA, JULIA, DON SEVERO.

D. SEV. Justo!.. hermano mio!..

JULIA. Padre!

D. SEV. Julia!.. Severo!.. ¿qué es esto?
¡Hay mas golpes que descarguen!
¿Qué hace aquí Julia!.

D. SEV. A mi lado.
¿No he dicho, Justo, bastante?
¿O te avergüenzas?..

D. JUS. Perdona!...

D. SEV. ¿Pero qué causas tan graves

te afligen, que asi á tu pecho
le arrancan sentidos ayes?

D. Jus. Ah! la terrible desgracia
de mi ruina inevitable!

D. Sev. Tu ruina, Justo?

Julia. ¡Dios mio!

D. Sev. Esplícate; no retardes...

D. Jus. Ayer hice el postrer pago
de dos millones de reales,
con que compré de la deuda
papel, por negocio grande;
¡y ese papel todo es falso!

D. Sev. ¿Falso?.. mas cómo se sabe?

D. Jus. Hoy mismo se ha descubierto
todo el complot de ese fraude.
Hace horas yá que el juzgado,
sin descanso está ocupàndose
en la casa, y mi deseo
y mi suerte está en que alcancen
al criminal, si posee
todavia mis caudales.
Mi situacion es muy crítica;
y por lo mismo que yo antes,
sin conocer la desgracia,
negué el remedio á sus males,
quise imponerme el castigo
justo, viniendo á humillarme,
pidiéndole á D. Alberto
que me aconseje y me salve.

D. Sev. Yo aplaudo con toda el alma
ese proceder laudable!
pero no perdamos tiempo.
Vea V. lo que reclame,
Alberto, esta situacion,
y con ánimo, adelante.
Y tú tén mas fortaleza,
Justo; los bienes y males,
deben siempre recibirse
con impasible semblante.
Son la voluntad de Dios,
y ¡ay! de aquel que no la acate!
Alberto, que hacemos?

Alb. Quiero
antes de todo enterarme...

Ese pícaro que á V.
ha engañado, ¿es comerciante?

D. Jus. Creo que lo es de Valencia;
se llama D. Juan Gonzalez.

Alb. Por ventura, V. conoce,
D. Justo, á un D. Luis Fernandez?.

D. Jus. Le conozco.

Alb. ¿Y era amigo
D. Luis, de ese tal Gonzalez?

D. Jus. Creo que sí...

Alb. En este asunto,
¿tuvo acaso alguna parte?

D. Jus. Ninguna.

Alb. ¿V., confianza
hizo de ese hombre?

D. Jus. Entrañable.
Me ha dado pruebas de aprecio,
y no he podido negarle
ciertas otras, que descansan
en mi palabra invariable.

Alb. Pues permita V., D. Justo,
que sospeche de Fernandez.

D. Jus. No entiendo...

D. Sev. Desde un principio
á mi D. Luis no me place;
y mucho, mucho sentía
que su amistad estrechases.

D. Jus. Pero ustédes tienen pruebas?...

Alb. Pienso tenerlas que basten.

D. Jus. Entretanto no me atrevo...
D. Luis!... D. Luis engañarme!..

D. Sev. No tengo temor ninguno
de que mis recelos fallen.

Alb. Ni yo; y antes de dos horas
he de dar con los culpables.
Pronto verá V., D. Justo,
que por fortuna no es tarde.
Corro á...

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, ANDRÉS.

AND. Señores...
ALB. Andrés!..
Bienvenido... ¡qué alegría!..
La providencia te guia...
AND. Quedé en venir...
ALB. Verdad es...
Mas tu presencia, no puedes
saber cuanto aquí interesa.
AND. Por cierto que no me pesa..
Estoy á los pies de ustedes.
ADELA. A Dios....
JULIA. Beso á V la mano.
ALB. Andrés, dinos si propicia
tienes alguna noticia
de tu amigo el Valenciano.
AND. ¿De Luis Fernandez?..
ALB. Si tal.
AND. Te acuerdas de mi opinion
de esta mañana?... El bribon
fué á la carcel muy formal.
La idea tuve al instante
de que el principal papel
era de esa empresa.
D. JUS. El!..
AND. Si, señor, ese tunante.
D. JUS. Qué dice V ?...
AND. Lo que digo.
Si es el pícaro mas galgo!
Le ha cogido á V. en algo?
D. JUS. En caso por un su amigo!..
AND. ¿Por Gonzalez?.. Pues tambien
le tiene V. bajo llave.
D. JUS. De veras? pero V. sabe...
AND. Todo, D. Justo, muy bien.
Hasta, por Franco, he sabido,
que es el juez de ese sumario,
el dinero estraordinario
que á los dos les ha cogido.

D. JUS. Cielos!..
AND. En billetes y oro,
ha llevado el mismo Franco
á depositar al Banco,
tres millones; un tesoro.
ALB. Lo ve V.?... ya está el honor
salvo con los capitales!
D. JUS. ¡Mis dos millones de reales!
ALB. No me dan ningun temor.
AND. Dos millones?... Y ademas,
ese gran bribon queria
la alhaja de mas valía!...
D. SEV. No fuera suya jamás.
En comprender no fuí tardo
lo que había, y por mi nombre;
que no fuera para ese hombre
alhaja que tanto guardo.
D. JUS. Me engañó mi buena fé.
D. SEV. Y el interés, segun creo.
Nada se os figura feo,
si con su prisma se vé.
Mas ya con bellos colores,
tras tan horrible tormenta,
el Iris se nos presenta
augurandonos favores.
Y espuestos por tantos modos;
no habremos perdido nada,
si concluye esta jornada
con la ventura de todos.
Hoy te salvaste, á Dios gracias,
de males de grave peso;
pero aquí, Justo, con eso,
no terminan las desgracias.
Un muy delicado punto
tiene mas de una alma triste...
D. JUS. El pagaré ya no existe...
D. SEV. No me refiero á ese asunto.
Exista ó nó, el responsable
dispuesto tiene el dinero.
D. JUS. Es que yo ya no le quiero...
ALB. D. Justo!...
D. SEV. De esto no se hable.
De mas importante esencia
hay aquí otro asunto, hermano;

pon en tu pecho la mano,
y consulta á tu conciencia.
Una enfermedad mortal,
á dos corazones labrá
su fin, cuando una palabra
puede curar todo el mal.
Esa palabra querida,
pronuncien, Justo, tus labios,
y ya no habrá mas agravios,
volviendo á todos la vida.
Julia y Alberto, dichosos
serán en su amor los dos;
porque los destina Dios
para felices esposos.
Junto con tus bendiciones,
dá, pues, tu consentimiento;
y embriáganos de contento
nuestros puros corazones.

D. Jus. Lo concedo, y los bendigo!

Julia. (*besandole la mano.*)
Padre!

Alb. Oh! dicha!.. y esto es cierto?..
(*tomando la mano á Adela.*)
Adela!

Adela. La suerte, Alberto,
Nos vuelve su rostro amigo!
¡qué felicidad tan pura!
Julia! Julia!

Julia. (*abrazandose.*) Hermana mia!

Adela. En el espacio de un dia,
qué mal, y cuanta ventura!

D. Sev. No son, no, bienes estraños;
antes los pronostiqué.
El que espera en Dios con fé,
nunca coje desengaños.

Adela. Es verdad.

And. (*con algo de sentimiento.*)
A todos doy
mi cordial enhorabuena.

Adela. (*lo mismo.*)
Gracias....

D. Sev. ¿Y no hay otra pena
que poder aliviar hoy?...
Vamos, vamos... aun sospecho

que hay aquí algun corazon...
Andrés?...

AND. (*estrechandole la mano.*)
Tiene V. razon!...

D. SEV. Lo presumí!... pues por hecho!
(*Bréve pausa.*)
(*á Adela.*)
Ya tiene V. su salud,
y pronto, dicha completa...
¿á quien la duda le inquieta
del triunfo de la virtud?
Si entre amarguras la abisma
del hado el fiero rigor,
lleva para su dolor
el bálsamo, en ella misma.
Y si acaso en este suelo
el justo premio no alcanza,
en alas de la esperanza
sube á encontrarlo en el cielo.
Hoy, pues, que Dios ese bien
lo derrama entre nosotros,
veamos si algunos otros
lo necesitan tambien.
Y no ahogue á nuestra bondad,
de falsa justicia el nombre,
que en el lenguage del hombre,
JUSTICIA, NO ES CARIDAD.

FIN DEL DRAMA

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Este drama se hallará en Zaragoza, en la libreria de Gallifa, calle de la Albarderia, á 8 reales.